

ANTONIO DE SALAFRANCA.

121
(37)

XVIII/ma



NUEVA RELACION, Y CURIOSO ROMANCE, EN QUE se dá cuenta, y declara el riguroso Martyrio, que han executado en la Ciudad de Tunez en un Christiano Cautivo, llamado Antonio de Salafranca, natural de Cerdeña, que por no haverse querido casar con la hija del Turco, y defender nuestra Santa Fé Catholica, mandó su Amo que muriese atenaceado, y quemado: con lo demás que verá el curioso Lector.

Deme el Gavilan ligero
una pluma de sus alas,
para escribir la sentencia,
que en Tunez fue executada
con un humilde Christiano,
que enmudezco al explicarla,
por guardar la lealtad
de su Amo, y de su casa.
Nació el Christiano en Cerdeña,
segun la historia declara:
habrá tres años cabales,
por cuenta bien ajustada,
salió con tres pescadores

la vispera de Santa Ana,
tendiendo redes, y anzuelos,
surcando del mar las aguas.
Salieron sobre la noche,
y á el romper el Alva clara,
quando el Sol dorado tiende
sus rayos por las campañas,
descubrieron un Navio,
que viento en popa llevaba,
de Corsarios Berberiscos,
buscando de Christianos caza.
Los del barquillo que vieron,
que ázia ellos se acercaban,

se pusieron en huida,
y á su tierra caminaban,
por vér si pueden librarse
de aquella perra canalla,
para encubrirse en el monte,
y espesurada montaña.
Fue en valde sus diligencias,
porque el Navio llegaba,
y antes de saltar en tierra
los prenden, y maniatan.
Los pasaron al Navio
con gran gozo, y algazara,
tomó la buelta de Tunez,
y en tierra los desembarcan.
Dispusieron el venderlos
los quatro en pública plaza:
Dió cien ducados por uno
un Turco de grande fama,
que es muy rico, y poderoso,
de grande Linage, y Casa.
Este tiene seis esclavos,
que le sirven, y acompañan;
consigo se lo llevó,
y á los otros les mandaba,
que le enseñasen la lengua,
y el estilo de su casa.
Preguntóle el Turco al mozo:
Christiano, cómo te llamas?
Luego al punto respondió:
Antonio de Salafrancas
es muy afable, y discreto,
de lindo donayre, y gracia,
y puntual en hacer
todo quanto se le manda.
Tañe una harpa, una vihuela,
y canta con tanta gracia,
que hasta los Turcos le embidían
el garvo con que danzaba.
Sabe escribir, y contar,
para todo tiene gracia,
y en breve tiempo aprendió

á escribir en lengua Arabiga.
Muy contento quedó el Turco
del esclavo que comprara,
tanto, que luego lo hizo
Mayordomo de su casa,
dandole poder, y firma,
que la hacienda gobernara,
para cobrar las pensiones,
y firmar cartas de paga.
Con todos está bien quisto,
con esclavos, y criadas,
procurando de dár gusto
á quantos hay en la casa;
pero la fortuna adversa,
que todo lo atropellara,
dispuso, que el Turco tenga
una hija hermosa en casa,
la qual se llama Garifa,
tan bella como bizarra,
quanto el pincel pintar pudo
la hermosura de su cara:
Muchos Turcos la pretenden,
por vér su donayre, y gracia,
por su Linage, y hacienda,
que es de todo mayorazga.
Su padre le dixo un dia:
Garifa, yá eres casada,
si es tu gusto como el mio,
con el Turco Bindarraga.
Su hija le respondió:
No pretendo ser casada
de tres años á esta parte,
porque soy niña, y muchacha.
Garifa tenía puesta
su aficion en Salafranca,
por quien penaba, y moría,
siendo esclavo de su casa.
Muchos dias con cariño
su chocolate le alargaba,
y tambien para que almuerce
una costilla le asaba.

Mu-

Mucho se admira el Christiano;
los favores que alcanzaba
de Garifa, sin saber
la intencion que ella llevaba.
Muchas noches á su quarto
por escucharlo baxaba,
que el encanto de su voz
á Garifa enamoraba;
tanto, que baxó una noche
del Christiano tan pagada,
diciendo: Antonio querido,
contigo he de ser casada.
El mozo le respondió:
Yo soy casado en España,
y mi Ley no lo permite,
que dos veces me casara.
Salióse de allí Garifa
muy triste, y desconsolada,
y se fue para su quarto,
llorando por Salafrancas;
tanto, que otra vez baxó
al quarto de Salafrancas;
y le dice: Resuelta vengo,
para dormir en tu cama.
Antonio la reportó,
diciendola estas palabras:
Mira, Garifa, que soy
pobre esclavo de tu casa;
tú eres rica, y poderosa,
y de muchos estimada,
y demás de todo esto,
tengo muger en España.
Por consolarla la dixo:
Yo te empeño mi palabra,
Garifa, luego escribir
para Cerdeña una carta,
para saber de mi esposa,
si es viva, ó está enterrada;
con lo que huviere de nuevo,
te entregaré á tí la carta.
Salióse de allí Garifa,

yá con esto consólada,
se fuera para su quarto,
y en su cama se acostaba.
Mucho desea Garifa
tener la carta que aguarda
de Cerdeña, por saber
si éste la lleva engañada.
Y viendo que no venía,
á su quarto lo llamaba,
diciendo: Que sea yo
de un esclavo despreciada!
donde hay tantos Caballeros
de grande valor, y fama,
que por mí andan perdidos,
y á todos los despreciaba,
por un Christiano abatido,
de mala secta, y prosapia:
bastara baxarme yo
con mi secta remontada,
á querer casar contigo,
para no ser despreciada
de un esclavo de mi padre,
y afrentar Linage, y Casa.
Hecha un fiero basilisco,
con tal rigor arrojaba
centellas ardiendo en fuego,
y rayos en vivas llamas,
que al Christiano se arrojó,
diciendo con ira, y saña:
Si no haces lo que te digo,
tomaré de tí venganza.
Mas quiero morir, la dice
el mozo con arrogancia,
que no ofender á mi Dios,
ni ultrajar tu noble Casa.
Esto oyó, y se arrojó al suelo
con el esclavo abrazada,
diciendo: Padre querido,
el Christiano me forzaba.
Acudió el padre á las voces,
vió que su hija bregueaba

con

con el esclavo , y le coge,
y á dos cadenas lo amarra.
El triste esclavo decia:
Vuestra hija es la malvada,
que me llamó con engaños,
y conmigo se abrazaba,
que ha intentado muchas veces,
que con ella me acostára,
porque no quise ofenderte,
usó conmigo esta infamia.
Pero como la razon
con la justicia no iguala,
le dieron cruel castigo,
y á la carcel lo llevaban.
Lo sentenciaron á muerte,
desnudo en pública plaza,
atado de pies y manos,
su carne atencada.
Traxeron un gran brasero
de lumbre, y con dos tenazas
hechas un asqua de fuego,
sus carnes atormentaban;
y con gran fervor decia
estas siguientes palabras:
Señor mio Jesu-Christo,
pues tomaste carne humana
en el vientre de Maria,

para redimir las Almas,
pasando tantos oprobios,
de Malco la bofetada,
de Pilatos la sentencia,
de Longinos la lanzada,
de los Sayones azotes,
y una sogá á la garganta;
una corona de espinas,
por Real Cetro una caña,
clavado de pies, y manos,
sobre una Cruz las espaldas:
No permitais , gran Señor,
se dexé vencer mi Alma
de aquel perverso enemigo,
ni que pierda la esperanza;
y al decir, Señor, pequé,
quedó su cuerpo sin Alma.
Vieron salir de su boca
una palomilla blanca;
año de mil setecientos
y quarenta, cuenta clara,
á cinco del mes de Enero,
á Christo entregó su Alma.
Roguemos todos á Dios,
no dé su divina gracia,
y en los Cielos nos veamos,
con los Santos en compañía.

F I N.

Con licencia: En Madrid: En la Imprenta y Libreria de Andrés de
Sotos, calle de Bordadores, frente de la Iglesia de
San Ginés, donde se hallará.